

LA APTITUD PROFESIONAL Y SUS FACTORES

Por Don JOAQUÍN CARRERAS Y ARTAU

Catedrático del Instituto de 2.^a Enseñanza
de Barcelona

Mi presencia en este Congreso es debida, por una parte, al requerimiento de entrañables y venerados amigos míos y, por otra, a mi deseo de contribuir al estudio de los problemas de orientación profesional. Creo yo que en el estado actual de estos problemas en España, que es de creciente curiosidad y de incipiente realización, a su esclarecimiento debemos aportar nuestro esfuerzo todos los que por afición o por deber seguimos más o menos de cerca su marcha en otros países donde aquellos se han planteado, y se ha ensayado su resolución, con anterioridad al nuestro. Y así, no dude un instante en aceptar la honrosa invitación que tuvo a bien dirigirme la Sociedad de Estudios Vascos, a tomar parte en el actual Congreso para departir, con las demás personas congregadas, sobre temas de orientación profesional y de organización del trabajo,

La nueva organización del trabajo.— Se trata, en efecto, de ensayar una nueva organización del trabajo. Un siglo y medio de economía liberal, de desarrollo económico abandonado al juego espontáneo de las fuerzas naturales, ha conducido a un tal estado de desquiciamiento que surgen hoy de todas partes voces en pro de una enérgica intervención en las condiciones del trabajo al objeto de lograr una eficaz mejora. El liberalismo económico implica una política de abstención, significa el cruzarse de brazos ante el desarrollo de una obra humana y colectiva tan importante como es la producción de la riqueza, bajo el erróneo supuesto de la bondad nativa de todos sus factores. Más, la economía es obra humana y, como tal, sujeta a todas las limitaciones y errores en que los hombres incurrimos, no solo en nuestra vida individual, sino también en las actuaciones colectivas.

Así no es de extrañar que por culpa de ese prolongado abstencionismo hayan germinado, no aquellas armonías que profetizara Bastian, sino un conjunto de desarmonías que ensombrecen con negras tintas la vida del trabajo a la hora presente. La gran guerra ha venido a recargar el cuadro y a poner de relieve en forma tajante la gravedad del mal que nos aqueja. En este aspecto, su enseñanza más clara ha consistido en la demostración de la gran crisis de hombres que padece la industria y, en términos generales, toda la vida profesional. El mal reviste ya forma endémica. Todavía no hace muchos meses, con ocasión de un homenaje al director de una gran empresa ferroviaria española, uno de nuestros políticos de más talla y eminente hombre de negocios pronunciaba su mayor elogio diciendo de él que había sabido llenar su cargo y señalaba las raíces más hondas del malestar presente en el hecho de la inadaptación de los hombres a sus funciones.

El hecho de la inadaptación resalta cada día con mayor evidencia. Ascienden a millares los obreros y los profesionales que en el curso de su vida abandonan sencillamente su profesión o la cambian por otra en que creen se encontraran más a gusto. En los países donde las estadísticas reflejan las oscilaciones en el mercado de trabajo, las cifras arrojan resultados exorbitantes. No acaba aquí la legión de los inadaptados. La inmensa mayoría, por diversas razones cuyo conocimiento no hace al caso, se mantienen años y años, quizás la vida entera, en el lugar que en mala hora escogieron; y o bien perecen en edad temprana, víctimas de enfermedades profesionales o de trastornos psíquicos, o se resignan a la tortura inacabable de una vida mal orientada y de un trabajo aborrecido.

Salvo una pequeña porción de enfermos y anormales, todos esos inadaptables satisfacen horrorosa penitencia por un pecado capital cometido en su juventud: la falta de orientación, en el momento de elegir la carrera u oficio, para encauzar sus actividades útiles dentro de los cuadros profesionales vigentes en la sociedad actual. Tomaron rumbo al azar; y ahora, en mitad de la ruta, se dan cuenta de que han recorrido falso camino y les faltan ánimos para deshacerlo y tomar otro que tampoco saben a ciencia cierta si les conducirla al deseado puerto.

La orientación profesional.— Se deja sentir cada día con mayor intensidad la exigencia social de ayudar a la juventud en el difícil trance de proceder a la elección de su vida profesional. De ese momento, tan breve en comparación con lo que dura el desempeño efectivo de la profesión en el común de los hombres, depende con frecuencia toda una vida de alegría o de amargura en el trabajo. Aún, si el cambio de un sitio profesional a otro tuviera lugar sin pérdidas sensibles, el mal no existiría; pero desgraciadamente esto no ocurre más que en los oficios de una extremada simplicidad. En los otros, en la enorme masa de los otros, se llega a su desempeño a través de un aprendizaje o de una carrera, largos de varios años. El fracaso implica el sacrificio de ellos y la vuelta a empezar con pérdida de otros tantos; y esto, cuando sentimos a nuestro alrededor en todas direcciones el fragor de una lucha por el éxito, de un combate por la existencia y por el bienestar, que pronto deja muy a la zaga a quienes desde un principio se retrasan un poco en el camino.

Hace unos lustros, unos hombres de buena voluntad se lanzaron al campo económico para orientar a la juventud mediante unas Oficinas vocacionales. El objeto de tales oficinas no era otro que eliminar el azar de la vida profesional y asentar sobre bases sólidas, siquiera de sentido común, la elección de carrera u oficio. Solamente que, al poner manos a la obra, pronto se echó de ver que el sentido común y la buena voluntad no bastaban para encauzar por vías de solución los complicados problemas que planteaba la elección de profesión y que hacían falta soluciones científicas. Entonces nacieron las modernas instituciones de selección y de orientación profesional, encomendadas no a hombres meramente de buena voluntad, sino a expertos y a científicos, con la finalidad concreta de adaptar el hombre a la profesión (selección) o de adaptar la profesión al hombre (orientación propiamente tal).

El examen de las aptitudes.— Con esto quedan señalados los dos polos entre los cuales gira la orientación profesional—comprendiendo en esta palabra la selección y la orientación en sentido estricto—, a saber, el hombre y la profesión. Importa, de un lado, examinar las aptitudes físicas y mentales de los individuos, sus aficiones y tendencias, para encauzarlas por derroteros profesionales apropiados donde aquéllas encuentren amplio desarrollo y produzcan un máximo rendimiento. De otro lado, urge someter a un severo análisis las exigencias varias de las múltiples profesiones en uso para no permitir el acceso a ellas sino a los individuos bien dotados para su normal desempeño. Ambas tareas se relacionan estrechamente en la organización de los servicios de orientación profesional. Dejamos aquí a un lado la segunda de ellas para no fijarnos más que en el examen de las aptitudes.

Mediante este examen ahondamos en el conocimiento de la personalidad individual. Cada hombre tiene una cierta fisonomía, un cierto aspecto muy suyo, antropológico y mental. En la vida corriente nos valemos de esas características personales para reconocernos y distinguarnos unos de otros. Lo mismo que ocurre con el cuerpo y con la mentalidad general, ocurre en orden a

la acción, y aún más concretamente en orden al trabajo: cada individuo tiene formas peculiares de andar, de hablar, y hasta de construir sus fantasías y de elaborar sus pensamientos; asimismo, de realizar su trabajo en el taller y en los demás órdenes de la vida profesional. Tales formas habituales de acción, típicas o características, se estima que corresponden a aptitudes nativas o formadas en el individuo. Lo cual nos conduce como por la mano a que intentemos definir con mayor precisión el concepto de aptitud.

El concepto de aptitud.— Nace este concepto del contraste entre la energía actual y la energía potencial. Nosotros no sólo tenemos conciencia de que realizamos una serie diversísima de actos en los sucesivos instantes de nuestra vida que atravesamos, sino que además estamos firmemente convencidos de que podemos a voluntad realizar en un momento posterior otros actos iguales o muy parecidos a ellos. Esta conciencia de la posibilidad de actos futuros, iguales o parecidos a nuestros actos presentes, reposa no en una mera hipótesis, sino en la posesión efectiva de un principio de acción, que utilizamos al querer ejecutarlos. Designamos a este principio con el nombre de aptitud y le consideramos como una disposición real de nuestro espíritu o de nuestro organismo para ejecutar una clase de acciones de sentido determinado.

De las aptitudes se puede hablar en sentido abstracto o general en consideración a la índole misma de las actividades que mediante ellas se ejercen, bien sean físicas o mentales, determinar su distinto grado de desarrollo y ponderar su respectivo valor en la vida general del individuo; así nos referimos a la aptitud muscular y a la capacidad respiratoria, a la aptitud retentiva y a la capacidad intelectual. En la vida real estas aptitudes de carácter general se combinan a veces de un modo peculiar para la obtención de determinados fines y nacen entonces aptitudes más complejas orientadas a fines concretos. Y, como la vida profesional es un sector de la vida en general, también en relación a ella se formaran aptitudes de tipo secundario como las descritas, a las que llamaremos por consiguiente aptitudes profesionales.

La aptitud profesional.— La repartición de los hombres en la variedad de los cuadros profesionales obedece al principio de la división del trabajo. Como en una sociedad medianamente desarrollada no es posible que cada uno provea por sí mismo a todo, según la prudente máxima de Platón en la «República», ya desde tiempos antiquísimos se experimento la necesidad de que los hombres se repartieran entre sí los fines colectivos parciales y las formas de trabajo indispensables a su obtención, de suerte que, mientras unos ejercían de labrador, otros tomaran el oficio de albañil y otros hicieran de navegantes. Así nacieron las profesiones primarias con sus técnicas elementales. La complicación progresiva de la vida social ha exigido más tarde el desdoblamiento sucesivo de las profesiones primitivas en un sinnúmero de otras nuevas. Por su parte, merced a los descubrimientos científicos las técnicas de trabajo se han perfeccionado en la mayoría de las profesiones hasta llegar a un alto grado de complejidad. Como consecuencia de esta larga evolución, hemos llegado al cuadro actual de las profesiones en vigor con sus técnicas respectivas.

Ahora bien, el desempeño de una profesión y el aprendizaje y ejecución de sus técnicas exigen en cada caso la realización de ciertos actos y consiguientemente la presencia de ciertas aptitudes corpóreas o mentales, cuya posesión o carencia permite clasificar a los hombres con respecto a ellas en aptos e ineptos. Claro está que entre los tipos extremos cabe distinguir toda una serie de grados intermedios de aptitud y de ineptitud. Al poner en relación las aptitudes de los hombres con las exigencias de las profesiones, se aclara así por modo maravilloso el concepto de aptitud profesional.

Constituye a la hora presente una de las más árduas tareas emprendidas por la Psicotecnia la de analizar los grupos de aptitudes que exige cada profesión, formando una especie de inventario psicotécnico. De ahí se ha llegado lógicamente a un ensayo de clasificación psicotécnica de las profesiones a base de la similaridad o diversidad de los grupos respectivos de aptitudes. Aunque las clasificaciones propuestas son varias, la más comúnmente aceptada es la de Piorkowski, que citaremos a título de aclaración.

Piorkowski parte de la clasificación entre las profesiones que llama «no calificadas» y las

«calificadas». De las primeras se hace caso omiso en la orientación profesional, por no exigir aptitudes especiales a causa de su carácter sencillo y fácil que las pone al alcance de todo el mundo. Su número es corto; y algunas no constituyen, en rigor, profesiones. Entre ellas se cuentan ciertas ocupaciones como las de portero, *groom*, basurero, etc., para las cuales basta un nivel mínimo de inteligencia, aparte de alguna otra cualidad muy elemental que todos los hombres normales poseen. La orientación profesional se desarrolla en la extensa zona de las profesiones que se llaman «calificadas», es decir, que exigen cualidades o aptitudes peculiares. Por su inmensa variedad y las enormes diferencias que las separan, Piorkowski las subdivide en tres grandes grupos, a saber: inferiores o elementales, medias y superiores. Las primeras se caracterizan porque en el aspecto psicológico se dejan reducir a ciertas actividades de atención y de reacción, en general de tipo sencillo, que se repiten indefinidamente. En ellas, por tanto, el trabajo mental se revela en forma de un pronunciado esquematismo y cristaliza pronto en hábitos mentales y motores. En el lenguaje corriente llamamos a estos trabajos «automáticos» o «mecánicos». Abundan en las fábricas; las operaciones fabriles sencillas podrían incluirse todas en este grupo. Al contrario de las profesiones elementales, las llamadas «superiores» se caracterizan sobre todo por no ser mecánicas, es decir, por no repetir indefinidamente una misma situación. En ellas se producen a cada momento situaciones nuevas que urge resolver poniendo a contribución las facultades combinatorias y creadoras del espíritu, es decir, elevadas aptitudes de inteligencia. A este grupo pertenecen las profesiones llamadas «liberales», que por su complejidad ofrecen grandes obstáculos al análisis psicológico. Por fin, entre los dos grupos de las profesiones inferiores y superiores se extiende la amplísima zona de las profesiones medias, o sea, aquellas que, además de un cierto tipo de atención y de reacción, exigen sobre las profesiones elementales un cierto grado de inteligencia y, sobre todo, el ejercicio de funciones mentales complejas o combinadas (como son la memoria, la imaginación, la comparación, el discernimiento, etc.), las cuales, empero, se desarrollan también de una manera mecánica, es decir, repitiéndose indefinidamente situaciones iguales o muy parecidas. La inmensa mayoría de las profesiones industriales pertenecen a este grupo.

Para ver hasta que punto difieren las exigencias de las profesiones en materia de aptitudes, citaré las formas de atención enumeradas por Piorkowski con el objeto de aplicarlas a la caracterización de las profesiones elementales. Helas aquí. Primer tipo: atención constante unidimensional, tal como la exige un telar mecánico. Segundo tipo: atención constante pluridimensional o a varios objetos, tal como se exige a la obrera que debe vigilar varios telares a la vez. Tercer tipo: atención rítmica, como la que se exige a un maquinista de imprenta. Cuarto tipo: atención irregular, de fuerte intensidad en unos momentos y de reposo en largos periodos, como la que se exige a la mayoría de los obreros empleados en las industrias químicas. Quinto tipo: atención elástica, como la que se exige, por ejemplo, a un portero de gran hotel, que en ciertos momentos tiene que dominar una situación complejísima y atender a la vez a varias personas y a varios objetos. Aun reconociendo los defectos de que la precedente clasificación adolece, proyecta ella una gran claridad sobre este aspecto del problema que aquí nos interesa.

Si juntamos ahora en uno los tipos de aptitud exigidos por las profesiones en los varios órdenes de las actividades humanas, obtendremos la llamada «ficha profesional». Para ejemplo, queremos transcribir dos modelos de análisis profesional. El primero consiste en la ficha profesional para los aviadores de guerra, tal como la fijaron y practicaron los Estados-Unidos. Incluimos tan solo las cualidades específicas o características de la profesión. 1.^a Acuidad visual y auditiva, para advertir a tiempo la presencia de otros aviones en el horizonte. 2.^a Discernimiento de los colores, para distinguir su nacionalidad amiga o enemiga. 3.^a Escasa emotividad, para no perder la dirección de la aeronave durante el combate. 4.^a Reacción rápida para maniobrar al instante y sortear los peligros. Nótese que las aptitudes enumeradas fueron exigidas con rigor a los conductores de aviones, no así a los observadores, a los cuales se exigían, en cambio, otras aptitudes. El segundo modelo corresponde a la ficha de las aptitudes exigidas por Münsterberg a las telefonistas: 1.^a Memoria numérica, para retener los números de los abonados que hay que poner en comunicación. 2.^a Rapidez de movimientos, para la buena marcha de] servicio. 3.^a Exactitud en

la ejecución de los movimientos, para acertar en el acto las casillas de los abonados. 4.^a Atención resistente, para evitar que el cansancio entorpezca el servicio durante las últimas horas de la jornada de trabajo. Las fichas aquí puestas son, claro está, meros esquemas, muy simplificados, de las fichas verdaderas usadas en los laboratorios.

Después de lo dicho, creemos aclarado en todos sus aspectos el concepto de aptitud profesional. Vamos, en lo que sigue, a estudiar algunos de sus factores.

Los factores de la aptitud.— En el momento de actuar la orientación profesional, la aptitud es una fuerza en estado adulto, a cuyo crecimiento han cooperado diversidad de factores que para su estudio podríamos clasificar en innatos y adquiridos. Entre los primeros se cuentan, ante todo, los hereditarios, o sea, las cualidades transmitidas por los padres o recibidas a través de ellos del sexo, de la raza y de la especie en general. Las demás cualidades nativas que no pueden imputarse a la herencia, constituyen la peculiaridad o característica individual. El conjunto de estos dos grupos de cualidades, integra el fondo innato del individuo y constituye el caudal propio que cada uno aporta a la vida en el momento de nacer.

Este caudal encierra gérmenes y posibilidades de desarrollo que estallan en todo su vigor al contacto de la personalidad incipiente con el medio que la rodea. Abrese entonces aquélla a toda suerte de influencias y se deja ampliamente modelar desde fuera, al propio tiempo que va exteriorizando su empuje y desarrollando por impulso espontáneo sus cualidades nativas. Los agentes exteriores que ejercen su influencia sobre el niño, son múltiples y diversos: los padres, los sirvientes, los amigos y compañeros de juego, el vecindario, etc. Por encima de todos ellos destacase más adelante, por su importancia, la acción educativa del maestro.

De la escuela y de las dotes nativas vamos, pues, a ocuparnos en su aspecto de factores capitales que influyen en la formación de la aptitud.

Las dotes nativas.— Las dotes nativas constituyen el caudal inicial de cada uno, el conjunto de energías en germen que poseemos en el momento de nacer. Para fijar su cuantía, el camino más sencillo, si fuese viable, consistiría en eliminar todo lo adquirido por tradición verbal o escrita, por imitación de otras personas, por sugestión e influencias del ambiente, en fin, todo lo que es objeto de algún género de aprendizaje, sencillo o complicado. Así se ofendría el fondo innato individual y se podría valorar su importancia en relación a lo adquirido, en lo cual tiene sumo interés la pedagogía, pues del resultado de la valoración dependen las posibilidades de eficacia de la obra educativa. Como semejante procedimiento de remoción es inaplicable, no cabe zanjar el problema de una manera decisiva; pero varios indicios proyectan hoy sobre él nueva luz.

La psicología actual ha reaccionado vivamente contra un prejuicio muy extendido en los medios científicos y populares durante los siglos XVIII y XIX, que ha causado mucho daño a la orientación de la juventud, consistente en creer que todo el mundo sirve para todo. Este prejuicio igualitario, que corría parejas con el principio político de la democracia individualista, arrancaba de la opinión sustentada por el empirismo filosófico y vulgar de que el niño nace con el alma desnuda de todo contenido positivo y hasta de toda virtualidad formal, semejante a una tabla rasa o a un papel en blanco donde la educación se encarga de ir delineando por su cuenta la futura personalidad. En congruencia con estas ideas se admite que por nacimiento todos somos igualmente aptos para no importa qué profesiones; y que la diferenciación social, la educación y el esfuerzo, en suma, la voluntad ajena y la propia, nos capacita poco a poco para unas determinadas profesiones de preferencia a otras. Todavía circula por ahí con profusión la especie de que, a copia de querer y de esfuerzo, se alcanza todo en la vida y se llega a donde se quiere.

Contra el empirismo por sistema, el testimonio de la experiencia libre de partidismos ha acumulado una serie de hechos y observaciones que prueban de un modo evidente la existencia de aptitudes innatas. Una primera prueba la proporciona la observación de los casos excepcionales tanto por exceso como por defecto. Aparte los grandes genios, verdaderos «monstruos de la naturaleza», todo el mundo conoce esos individuos excepcionales que llaman la atención de la gente por sus extraordinarias facultades de cálculo o de memoria o musicales o de otra índole. Recientes están los casos de Inaudi, Diamandi, Capablanca y otros, que tanto han dado que hablar en perío-

dicos y revistas; y quiero aquí recordar que, uno de los mejores psicólogos de nuestros días, A. Binet, ha consagrado una excelente monografía al examen de los grandes calculadores y de los grandes jugadores de ajedrez. Es curioso que cada caso de estos suele presentar características individuales irreductibles. Todavía es más significativa la precocidad con que suele manifestarse la aptitud peculiar de esos excepcionales; Mozart, *p. e.*, a los nueve años era un prodigio musical y de Pepito Arriola cuentan que a los cinco años se reveló como genial pianista un día en que por casualidad le habían dejado solo en casa. La forma súbita de eclosión acusa marcadamente la existencia de factores nativos. Los excepcionales por defecto, que constituyen el grupo de los deficientes y anormales del cuerpo o de la mente, se caracterizan por defectos constitucionales o anomalías congénitas que les sitúan en inferioridad notoria respecto a los otros hombres. Precisamente a base de este supuesto y con la idea de un fomento especial de sus escasas facultades, se ha planeado en nuestros tiempos una pedagogía de deficientes y anormales, a la que dió un gran impulso el ya citado Binet.

Aun prescindiendo de tales casos excepcionales, la observación afinada del promedio de los hombres logra poner al descubierto diferencias peculiares de atención, de memoria, de imaginación, de voluntad, etc. Hay quien concentra su atención en un punto y descuida todo lo que pasa a su alrededor; mientras que a otros, incapaces de tal concentración, no les escapa un detalle de cuanto ocurre a su alcance. Hay quien se cansa pronto y rehace sus fuerzas tras un ligero reposo, y hay quien resiste tenazmente a la fatiga hasta sentir la necesidad de, un largo descanso. La mayoría de los hombres moldea casi todo su caudal de imágenes en esquemas ópticos; pero una escasa minoría adopta de preferencia moldes acústicos. La memoria reviste cualidades muy diversas según los individuos, y en cuanto a los contenidos del recuerdo las facilidades no son las mismas para todos, antes bien divergen según se trate de cifras, de nombres, de frases, de memoria mecánica o abstracta, etc. En la forma de reaccionar a un estímulo dado, mientras unos dirigen la atención al estimulante mismo, otros la enfocan hacia el movimiento de respuesta. Asimismo varían de individuo a individuo las formas de reacción sentimental, los hábitos motores y las energías de la voluntad, a base de los cuales se moldea principalmente el carácter. No hace falta ahora recordar la clásica repartición de los temperamentos ni siquiera los modernos ensayos de clasificación de los caracteres. Tales diferencias individuales suministran abundantes argumentos en pro de la existencia de aptitudes innatas.

Por si aún quedara alguna duda, queremos alegar una prueba más, sacada de la constatación de un límite en las aptitudes del hombre normal. Ya en su tiempo Galton había observado este hecho, a saber: que la aptitud individual tiene un límite extremo, que no se puede rebasar aun con la mejor voluntad y el más diligente esfuerzo. Ideó, para su confirmación, un ensayo curioso, que consistió en organizar dentro de la Universidad de Cambridge unos cursos de matemáticas para alumnos aventajados en este ramo. Los muchachos, iguales en edad y en las demás cualidades personales tanto como fué posible, recibieron durante tres años la misma enseñanza en condiciones absolutamente iguales. Pues bien, al cabo de los tres años, al ordenar los alumnos según sus calificaciones y rendimientos escolares, el primero de la clase aventajó en un gran número de puntos a todos, sin que a pesar de la aplicación y del trabajo ningún otro alumno lograra igualarse a él en aprovechamiento. En menores proporciones ocurría lo mismo entre el segundo, el tercero y los demás. Puesto que en tan largo lapso de tiempo las demás circunstancias se pueden reputar prácticamente iguales, hubo que atribuir la superioridad y la inferioridad de los méritos a la ventaja y a la limitación nativa individual.

Las clases de aptitud.— Es todo el hombre quien trabaja, no solo el alma o el cuerpo. Es decir, que en la vida profesional, por lo menos en la inmensa mayoría de las profesiones, el hombre acostumbra a poner a contribución para el desempeño de su trabajo la totalidad de sus fuerzas, si bien en diferente medida. Estas fuerzas que nosotros actuamos, son de distinta índole; y, atendida su naturaleza, podemos clasificarlas en puramente orgánicas, psico-físicas y mentales.

Son, las primeras, disposiciones funcionales del organismo, maneras peculiares que cada uno tiene de ejercer las funciones orgánicas, tales como la respiración, el ejercicio muscular, el trabajo

nervioso, etc. Su importancia en la vida profesional varía, según sea la clase de trabajo: manual o intelectual o mixto. En general, su valor en la orientación es bastante escaso y sirven regularmente de indicios negativos de la aptitud, o sea, nos revelan las ineptitudes que afectan a ciertos individuos para determinadas formas de trabajo. Casos extremos de ineptitud se manifiestan en las inutilidades orgánicas (cojos, mancos, etc.), y es sabido que la reeducación de los inválidos del trabajo ha dado hoy origen a una rama especial de la Orientación Profesional. Prescindiendo de tales casos extremos, todavía el examen médico puede revelar ciertas propensiones a contraer enfermedades, bien sea las comunes, o las llamadas «profesionales», en cuyo caso obtendremos también una contraindicación de aptitud, esto es, un indicio evidente de que aquel organismo no se adapta a la forma de trabajo en cuestión.

Mayor interés ofrece el grupo de las facultades psico-físicas, que comprende la sensibilidad y la motoricidad en todas sus formas, en cuyo ejercicio una actividad psíquica va íntimamente unida a un trabajo nervioso y a la actuación de un órgano corporal (sentido o músculo). En la constitución nativa de estas facultades se pueden descubrir, por una parte, anomalías o defectos, como el daltonismo, el oído débil, la escasa discriminación táctil, etc.; o, por el contrario, la existencia de aptitudes sobrenormales, *p. e.*: finura extremada de vista, de oído, de tacto, etc. Su conocimiento interesa enormemente para la vida profesional; pues, mientras los defectos descubren ineptitudes, en general ocultas, para ciertos oficios (maquinistas de tren, pilotos navales y aviadores en caso de daltonismo, etc.), las cualidades positivas revelan aptitudes genéricas sobresalientes para ciertos grupos profesionales (la discriminación visual para las industrias colorantes, el buen oído para la música, el buen tacto para la manipulación de objetos finos, etc.).

Queda un tercer grupo de funciones, las más elevadas, predominantemente mentales, en que la actividad nerviosa es mero concomitante desprovisto de interés. Aunque su ejercicio está implicado en la totalidad de las profesiones, incluso las más sencillas, su importancia varía muchísimo según la índole de la profesión misma; mientras en las profesiones liberales todo el trabajo se encomienda a las facultades psíquicas, estas actúan en las profesiones manuales con carácter secundario. En las profesiones técnicas o mixtas desempeñan un papel más o menos considerable, según la clase de tecnicismo y según que el trabajo esté más o menos automatizado. Las facultades mentales son indicios positivos de aptitud, y su averiguación proporciona al orientador profesional datos de un valor inestimable para el encauzamiento de los jóvenes.

Inteligencia y talento.— En el análisis de las facultades mentales se ha destacado cada vez más por los psicólogos contemporáneos el concepto de capacidad general o inteligencia. Stern la define como una facultad general de adaptación a nuevas situaciones, así teóricas como prácticas, ante las cuales el sujeto sabe tomar en cada caso el comportamiento mejor para su solución. De esta definición conviene subrayar, además de la generalidad, otras dos notas características: por una parte, la novedad de las situaciones a resolver que distingue la inteligencia, sobre todo por oposición a la memoria; y por otra parte, la referencia tanto a las actividades teóricas como a las prácticas. Así en esta definición se incluye toda forma de inteligencia posible, y merced a ella logramos hacer coincidir en una misma característica mental a hombres tan diversos como, *p. e.*, el sabio, el estratega y el hombre de negocios.

Al lado de la inteligencia o capacidad general existe el talento, limitado a una esfera concreta de actividad (música, deporte, ciencia, etc.). Por esto el talento se acompaña siempre, y aún se manifiesta, por aptitudes especiales de diverso orden, tales como atención, fantasía, memoria, etc. Para su estudio cómodo estas aptitudes especiales se dejan reducir a tipos, en cada uno de los cuales predomina una determinada manera de actividad mental. Recordemos lo que hemos dicho, poco ha, sobre las diferencias nativas individuales, y así se nos aparecerá con claridad la noción de tipo. La psicología actual distingue, en efecto, multitud de tipos: de atención concentrada y dispersa, de imaginación visual y auditiva, de memoria numérica o verbal o abstracta, de reacción sensorial y motriz, de fantasía reproductora y creadora, etc.

Para la profesión se requiere, ante todo, un determinado talento más que la posesión de un alto grado de capacidad general. Muchos de nosotros habremos oído hablar o habremos tratado,

a lo largo de nuestra vida, excelentes profesionales, hombres incluso geniales en su especialidad, dotados por otra parte de escasa o mediana inteligencia. Tal es el caso de ciertos grandes matemáticos, músicos, pintores, etc., que se achican ante los más insignificantes problemas de la vida cotidiana. Mayores proporciones alcanza aún el número de personas inteligentes, avisgadas, despiertas para todo, pero con talento y aptitud escasos para ejercer una profesión. El profesional se caracteriza siempre por alguna aptitud especial muy desarrollada: el novelista por la fantasía, el músico por la finura de oído, el matemático por la facultad de combinación, etc. No exageremos la diversidad ni caigamos en la paradoja de creer que el buen profesional, a fuer de talentado, es a la vez algo tonto o estúpido. Muy al contrario, un cierto grado, y no bajo, de inteligencia es requerido en todo profesional para el acertado desempeño de su profesión, así como a su vez un cierto desarrollo intelectual implica la posesión en germen de talento y aptitudes especiales, como la memoria, la habilidad, la comprensión, la facultad de juzgar, etc. En realidad, lo que constituye el buen profesional, es una feliz y acertada convergencia de un cierto grado de desarrollo intelectual con una buena combinación de capacidades especiales que le disponen característicamente para el desempeño de una profesión. Cuando esto ocurra, tendremos el talento profesional.

La determinación técnica de las aptitudes.— La utilización de las aptitudes personales en la vida profesional plantea como previo el problema técnico de su determinación. En nuestros días la solución de este problema se confía a especialistas; así, para el hallazgo de las ineptitudes orgánicas se recomienda el examen médico a base de la aplicación de los conocimientos y técnicas en uso según la clase de funciones que se desee averiguar. Para el descubrimiento de las aptitudes psico-físicas y mentales los fisiólogos y psicólogos contemporáneos han elaborado una serie de «tests» o pruebas psicotécnicas, especie de reactivos mentales, con los que aquellas pueden ser determinadas. Dos son los problemas técnicos a resolver en la investigación de las aptitudes: el problema cualitativo de su existencia y el problema cuantitativo de su grado de desarrollo. Las pruebas ideadas, como son, *p. e.*, los «tests» de Binet-Simon para la inteligencia y los «tests» para capacidades especiales de atención, memoria, etc., nos ponen hoy en situación de resolver, siquiera en la práctica, ambos problemas y de relacionar las aptitudes individuales con las exigencias de la profesión. Cada profesión exige un conjunto de aptitudes en un grado determinado (tipo); según que las aptitudes reveladas en el examen individual coincidan con este tipo, lo rebasen o no alcancen a él, el individuo se considerará apto o inepto en más o en menos. Reservo este aspecto de la orientación para otros conferenciantes.

La educación escolar.— Dicho esto, hora es ya de referirnos al factor adquirido de la aptitud, que hemos prometido estudiar, o sea, a la educación. Al hablar de la educación, aludimos—claro está—a la educación en la escuela, sin mencionar los otros medios educativos—el hogar principalmente—que influyen en el niño. Entre todos, la escuela es el que influye de manera más decisiva y se propone de intento como principal objetivo influir en la formación de sus escolares.

El imperativo capital de la educación escolar estriba en no contrariar el desarrollo espontáneo de las aptitudes naturales del alumno, antes bien en favorecerlo y estimularlo por todos los medios posibles. El recién nacido es una personalidad en germen y el niño una personalidad en formación; y la obra pedagógica consiste en proseguir este proceso ya incoado y encauzarlo debidamente hasta llevarlo a plenitud de realización. No olvidemos que la educación es una intervención artificial que se injerta sobre un proceso de desarrollo natural.

La escuela cumple este primordial objetivo, ante todo, por la instrucción que proporciona. Mediante la instrucción aprendemos en la escuela aquellos conocimientos más indispensables al común de los hombres, que forman el índice de la cultura general (leer, escribir, contar, nociones de geografía, de física, de zoología, de botánica y geología, etc.). Claro está que la extensión de estos conocimientos marcará el grado de asimilación de la cultura general, o sea, el grado de instrucción. La cultura general ha venido a ser hoy, por lo menos en aspiración, patrimonio común de los ciudadanos en los países que se precian de cultos. Más que una exigencia, por tanto, de la vida profesional, constituye un precedente suyo inexcusable; y, desde luego, la mayor o menor

extensión de la cultura general capacitará en más o en menos al muchacho para la comprensión y la práctica de su trabajo.

Pero conviene no dar una interpretación abusiva al grado de instrucción; y, para ponderar debidamente su valor, vamos a indicar en breves palabras lo que el grado de instrucción no indica.

En primer lugar, el grado de instrucción no equivale al desarrollo intelectual. Instrucción e inteligencia son distintos, aunque evidentemente se relacionan por vínculos muy estrechos. La capacidad intelectual es, no hay que decirlo, el factor principal que coopera a la adquisición de conocimientos; pero esta depende también de otros factores, como son la aplicación del muchacho, las condiciones favorables de ambiente, el estado de salud, etc. Y así, un niño puede saber más cosas que otro de igual edad y serle inferior en capacidad. Esta impresión que todos los buenos maestros sacan de su enseñanza, resulta avalada por el examen psicológico de la inteligencia. Las ordenaciones obtenidas mediante los «tests» de Binet-Simon u otros similares no coinciden, sino que divergen bastante, de las ordenaciones con arreglo al rendimiento escolar. El grado de instrucción denuncia la cantidad de saber acumulado más bien que el desarrollo cualitativo de la inteligencia.

A su vez, la adquisición de conocimientos en la escuela favorece la expansión de la capacidad intelectual gracias al principio del desarrollo formal, en cuya virtud el ejercicio parcial de una facultad cualquiera aprovecha a toda ella y la hace aventajar en los demás aspectos de actividad no ejercitados. La psicología contemporánea ha reducido a sus justos límites el valor de ese principio, demostrando que solo es aplicable a diversos aspectos de una misma facultad, pero no a facultades diversas de aquella que se ejercita. Un ejercicio de memoria mecánica puede repercutir favorablemente en otras formas de memoria, pero no aprovechará a la facultad de juzgar. Por donde se descubre la falsedad del sistema educativo basado exclusivamente en el desarrollo formal y se formula la exigencia de un cultivo autónomo y directo de todas las facultades.

Otro reparo que hemos de poner al grado de instrucción, estriba en que su significación y valor queda reducido solamente a las actividades teóricas del alumno, sin que nos de indicio alguno sobre la posesión de habilidades y aptitudes de carácter práctico. Descúbrese en ello un grave defecto de la escuela de hoy, atenta tan solo al desarrollo de la inteligencia. En vez de esa hipertrofia de la capacidad intelectual a que parece tender la escuela actual, sería de desear una mayor atención a los demás aspectos de la psique infantil, en especial a su vida sentimental y volitiva. Así lo han entendido los pedagogos más ilustres de nuestros días que por diversos caminos se proponen remediar las lagunas de que adolece el sistema vigente. Frente a las ideas herbartianas Kerchensteiner, por ejemplo, ha afirmado la independencia del querer y de la acción y mediante la realización de determinados trabajos en la escuela intenta ante todo, provocar en el niño la formación del carácter.

Por fin, el grado de instrucción se limita a la cultura general y no se extiende a los conocimientos técnicos. La formación de la personalidad no acaba en la escuela, sino que continúa en el periodo postescolar, bien sea en el taller o en la fábrica, en la Universidad o en la escuela técnica. Pero, así como la educación escolar tiene un carácter general, la formación postescolar se especializa notoriamente en un sentido determinado. En la fábrica o en el taller se aprende un oficio, en la Universidad y en la escuela técnica una carrera o una profesión liberal. En suma, la formación postescolar es ya formación profesional. Por excepción, nuestra segunda enseñanza de los Institutos prolonga durante unos años la formación general para una parte de nuestra juventud, destinada a pisar las aulas universitarias en su mayor número. Ahora bien, la enseñanza de una profesión supone ya realizada la elección de la misma y que, previa una orientación en cierto sentido, el muchacho se dedica a su aprendizaje. Encontramos en este punto un límite a nuestro estudio, pues la elección racional debe basarse en la aptitud ya descubierta.

Hechas todas estas salvedades y restricciones, el grado de instrucción es todavía un dato importante para conocer las aptitudes del muchacho que termina su tiempo de escuela, siquiera las de orden intelectual. Las divergencias constatadas entre el grado de instrucción y el grado de desarrollo mental no alcanzan a invalidar por su importancia un dato semejante como indicio probable de aptitud. Con el tiempo, a medida que la escuela se reforme en el sentido de la nueva pe-

dagogía del trabajo y del carácter, quizás el certificado escolar nos diga algo sobre las habilidades y aptitudes practicas del alumno. Interinamente podríamos contentarnos con la ficha escolar actual de valor limitado tal como la tienen organizada la mayoría de los países cultos. Prescindo, para no entrar en pormenores pedagógicos, de si la nota o censura escolar ha de obtenerse en un solo examen de conjunto o en varios exámenes parciales o ha de traducir la impresión personal del maestro formada a lo largo del curso entero.

Conclusión.— El momento propicio para la orientación del adolescente hallase situado en la transición de la escuela al período postescolar. Para la mayoría de los muchachos la formación general puede considerarse acabada con la escuela; y, antes de que se internen en una carrera u oficio, urge aconsejarles y orientarles. Con ello lograremos quizás evitar el peligro de una mala elección y que al final de unos años de aprendizaje,—o puede que aún más tarde, cuando se haya dilapidado ya un tiempo precioso de la juventud,—el muchacho se dé cuenta de que ha errado el camino y se vea obligado a rectificarlo.

El consejo vocacional ha de basarse, ante todo, en el conocimiento de las aptitudes del adolescente, que, una vez descubiertas por los medios técnicos aludidos, se harán constar en una ficha personal. No he de entrar ahora en los detalles de su confección, porque con harta más competencia tratarán este aspecto otros conferenciantes. Solamente quiero apuntar que la ficha personal ha de recoger, además de otros varios, los datos relativos a la aptitud profesional, o sea: los resultados del examen médico-antropológico, que nos informe sobre las particularidades corporales y nos asegure la carencia de enfermedades o constituciones defectuosas; del examen psico-físico, que nos asegure el normal funcionamiento de los sentidos y de las facultades de movimiento; del examen mental, que nos revele el grado de desarrollo intelectual y las dotes especiales; y una certificación de los progresos realizados en la escuela durante el período de enseñanza.

La Orientación Profesional habrá dado entonces cima a una de sus tareas capitales, que es el descubrimiento de las aptitudes. Pero ésta no es más que una parte de su ingente labor a realizar. La contrapartida, el lado objetivo, de esta labor lo constituye el análisis psicológico de las principales profesiones, tal como lo vienen realizando a la hora presente un buen número de laboratorios y de instituciones de psicotecnica. Y aun así no quedará resuelto, ni con mucho, el problema. Para su debida solución entran en línea factores sociológicos, estadísticos, éticos y otros de diversa índole. La Orientación Profesional es y debe ser una obra profundamente humana; y, como tal, debe poner mucho cuidado en no pecar de unilateralidad, sino en abarcar con amplitud de mirada todos los factores que influyen en la vida del trabajo.
